

grada Eucaristía, Jesús de la sagrada Comunión, nó, no sois comprendido!... Haced descender sobre estos fieles que me escuchan un rayo de luz que les haga conocer cuánto les amais en la santa hostia... Que comprendan que sois tan necesario á su alma como á su cuerpo lo son el pan y el vino; inspiradles á todos el pensamiento, el deseo eficaz de disponerse lo más pronto posible para recibirlos dignamente en este Sacramento de amor... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOPRIMERA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION OCTAVA.

DISPOSICIONES NECESARIAS PARA COMULGAR BIEN; TERRIBLES CONSECUENCIAS DE UNA MALA COMUNIÓN.

TEXTO. — *Qui enim manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit.* El que comulga indignamente, come y bebe su propia condenación.

(I CORINTIOS, CAP. XI, VERS. 29.)

EXORDIO. — Me apercibo, hermanos míos, de un olvido que quiero reparar, aun cuando estoy seguro de que vuestra piedad habrá suplido esta omisión... Después de haber dicho que Jesucristo está realment presente en la sagrada Eucaristía, el catecismo añade esta pregunta: ¿Se debe adorar á Jesucristo en este Sacramento?... Y la respuesta es la siguiente: Sí, se debe adorar á Jesucristo en la sagrada Eucaristía, y se pecaría si no se le adorase. — En efecto, hermanos míos, en todo tiempo nuestro divino Salvador ha recibido, en este augusto sacramento, el culto supremo de la adoración... San Juan Crisóstomo nos refiere que los fieles de su época adoraban la santa forma antes de comulgar

(1)... El culto público que se ha tributado siempre á la Eucaristía, las solemnes procesiones instituídas en honor suyo, mil y mil ejemplos consignados en la Vida de los Santos y en la Historia de la Iglesia, son un testimonio de estos honores, de estas adoraciones que los fieles han tributado siempre á nuestro Salvador oculto en el augusto Sacramento.

Citemos un hecho entre todos... Ahí teneis á dos nobles caballeros, que caminan á través de las casi desiertas llanuras de la Alsacia: son Rodolfo, jefe de aquel país, acompañado de uno de sus parientes... Va allá léjos, á visitar por piedad á una santa reclusa que reside en Suiza... De repente, divisan á un sacerdote que va á pié á llevar el santo Viático á un pobre enfermo; sólo le acompaña un sacristán que lleva un cirio y la campanilla... A su vista, Rodolfo baja de su caballo y suplica al ministro de Dios que monte en su lugar; después, cojiendo la brida, sirve de escudero al sacerdote, le conduce hasta la casa del moribundo, y luego vuelve á conducirle á su iglesia... Después de la adoración del Santísimo Sacramento, el sacerdote da las gracias al noble conde y le desea toda suerte de prosperidades... Los dos peregrinos continuán su viaje... Mas á penas hubieron saludado á la piadosa solitaria á quien iban á visitar, ésta, iluminad sin duda por una divina revelación, volviéndose hácia Rodolfo le dijo: «En recompensa del servicio y culto que recientemente prestaste á Dios y á su servidor, el Todo Poderoso te colmará de bienes, á tí y á tus descendientes...» En efecto, poco tiempo después, el conde era nombrado emperador y era el fundador de una dinastía.. Sus descendientes son los que gobiernan aún hoy el imperio de Austria (2).

Como veis, hermanos míos muy amados, siempre y especialmente en los tiempos de fé, tanto los príncipes, como sus vasallos, tributaban á Nuestro Señor Jesucristo, en la sagrada Eucaristía un culto de adoración...

(1) V. Bona, *de Liturgia*, tomo II.

(2) J. Marchant, *Candélabre mystique*, tratado III, lección 6. — Rohrbacher refiere este hecho de una manera algo diferente en el libro 75 de su *Histoire*.

PROPOSICIÓN. -- Pero, después de haberos hablado, el domingo pasado, de la sagrada Comunión, me propongo, esta mañana, tratar este mismo asunto de un modo más práctico.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, disposiciones necesarias para comulgar bien; *en se gundo lugar*, consecuencias terribles de una mala Comunión.

Primera parte. — Carísimos hermanos, tomemos aún una nueva comparación del alimento habitual... Ya sabéis que, para que el alimento produzca su efecto, es necesario que encuentre bien dispuesto nuestro estómago... Preguntad á los médicos y ellos os dirán que, en determinadas condiciones, el uso del pan y del vino producirían rápidamente la muerte á ciertos enfermos... ¿Porqué?... Porque hay en ellos cierto mal, inflamación ú otro, que convertiría para ellos en una especie de veneno lo que da fuerza y salud á la persona que se encuentra bien... Esto mismo acontece, hermanos míos, con el alimento divino que recibimos en la santa mesa. Oíd sinó á santo Tomás: « Los buenos, dice, lo reciben; los malos lo reciben también, pero; qué diferencia! ... Para los unos es la vida, para los otros la muerte... »

Sumunt boni, sumunt mali,
Sorte tamen inæquali:
Vita vel interitus.

Hay pues una comunión buena y otra mala. »

Veamos ahora cuáles son las disposiciones necesarias para comulgar dignamente. En rigor, una sola disposición se exige al que ha de acercarse á la sagrada mesa... Es menester que se halle en estado de gracia, limpio á lo menos de todo pecado mortal: pero esta disposición es necesaria é indispensable. Por eso en otros tiempos, antes de distribuir la sagrada Comunión, el ministro pronunciaba en alta voz estas palabras: *Las cosas santas para los santos*, es decir que únicamente se atrevan á aproximarse á este augusto Sacramento aquellos á quienes nada reproche la conciencia y cuya alma esté limpia de toda mancha... Sin embargo, carísimos hermanos, para comulgar con fruto, conviene que nuestras almas estén poseídas de sentimientos de deseo, de amor, de respeto y sobre todo de humildad.

¿Habeis meditado sobre las ceremonias que acompañan á la administración de este Sacramento?... Tal vez nó... porque, así como los ojos no ven lo que está en contacto con ellos, de igual manera pasan para nosotros desapercibidas estas bellas ceremonias que tan ameno se verifican á nuestra vista... Figuráos pues, cristianos, que asistís por vez primera á la solemne administración de la sagrada Comunión... Un obispo, figuráos, por ejemplo, san Francisco de Sales, es quien la va á distribuir... Los fieles, golpeándose el pecho, han repetido tres veces con él: «;Cordero de Dios que borras los pecados del mundo, compadécete de nosotros!»... Se acerca el momento solemne... Los que van á comulgar entran en más profundo recojimiento; experimentan la necesidad de confesar nuevamente sus faltas y de recomendarse á las oraciones de los santos, al objeto de disponerse mejor á recibir aquel Dios de santidad, que hasta en el sol encuentra manchas... Miradles arrodillados, uniéndose desde el fondo de su corazón á aquel que en su nombre recita ese acto de humildad que se llama el *Confiteor*, la Confesión general... «Yo pecador me confieso á Dios, á la augusta Virgen María, á todos los santos, de todos los pecados que he cometido... por mi culpa, por mi grande culpa; por esto ruego á la Virgen María y á todos los santos que rueguen por mí...» Sácase del tabernáculo el santo copón, y el sacerdote que oficia, volviéndose hácia los comulgantes arrodillados cerca del altar: «El Señor tenga misericordia de vosotros, dice... Luego, extendiendo hácia ellos su mano y bendiciéndoles, añade: «Él os conceda el perdón, la absolucion y la remisión de todas vuestras faltas...»

Acercáos, pues, con confianza, piadosos fieles, venid á postraros junto á la santa mesa... Sin embargo, antes de daros á Jesús, se van á reclamar de vosotros actos de fé y de humildad... El sacerdote toma una hostia del sagrado vaso, vuélvese con majestad hácia los fieles que van á comulgar y les dice: «; Ved ahí al Cordero de Dios, ved ahí al que borra los pecados del mundo!» Cada uno de los comulgantes dice desde el fondo de su corazón: «Lo creo: adoro á este divino Cordero; me humillo en su presencia.» Prosigue después el Celebrante y, sugiriendo á los que van á comulgar los sentimientos de humildad y confianza que en aquel solemne momento deben predominar en ellos, repite

por tres veces consecutivas estas palabras: «Señor, yo no soy digno de que vos entreis en mi interior; pero decid solamente una palabra y mi alma será sana...» Piadosos fieles, tened confianza; el Dios que vais á recibir, conmovido por vuestra humildad, pronunciará sobre vuestras almas aquellas poderosas palabras que os harán cada vez más dignos de recibirle...; Oh Jesús, dejad el sagrado vaso; ved que ellos os han preparado en su corazón copones dignos de vos!.. Y el sacerdote desciende del altar sosteniendo la sagrada Eucaristía en sus manos temblorosas de respeto... Deposita la sagrada forma sobre la lengua de cada uno de los comulgantes, pronunciando esta sagrada fórmula: «El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna...» El fiel se inclina; está consumado el misterio; el Hijo de Dios se ha unido íntimamente á él... Ahora que le adore, que le adore, que le dé gracias y sobre todo, mientras le posee, que no olvide pedirle las gracias que necesite (1)...

Carísimos hermanos, estas hermosas ceremonias, que acompañan á la recepción de la sagrada Eucaristía, nos demuestran que, para comulgar bien, además de estar puros de conciencia, debemos estar penetrados de sentimientos de fé, amor y humildad.

Segunda parte. — Digamos ahora algunas palabras sobre la comunión indigna y sus efectos... Leemos en la *vida de Voltaire*, unode los hombres más impíos y más profundamente perversos que han existido bajo la luz del sol, que, cuando quería destruir la fé y ahogar los remordimientos en el alma de aquellos á quienes trataba de corromper, les aconsejaba que fuesen á comulgar sin haberse confesado... Y esta infernal receta daba casi siempre resultado... Aquel demonio en carne humana había empleado él mismo este medio. Y esto, que se lo había inspirado el infierno, le había llevado á declararse enemigo per-

(1) Manifiesta el P. Lebrun que el rezo del *Confiteor* y ciertos ritos, observados actualmente en la administración de la sagrada Comunión, estaban en uso en el siglo XI: *Explication des cérémonies de la Messe*, t. I. Si me fuera permitido contradecir al sábio oratoriano, no me sería difícil demostrar por las Crónicas de varias Ordenes religiosas que son mucho más antiguos, sólo que no estaban en uso por todas partes... En este sentido el P. Lebrun tiene razón... Algunos de estos ritos se remontan á los tiempos apostólicos... Véanse *Bona*, S. Cirilo y S. Juan Crisóstomo.

sonal del Dios supremo... Inútil es decirlo que murió como había vivido, y que espiró de una manera repugnante entre accesos de rabia y de desesperación... Pero, tanto de su historia, como de los consejos que daba á aquellos á quienes quería seducir, resulta que uno de los efectos frecuentes de una comunión indigna es la pérdida de la fé...

Un segundo efecto es la desesperación. Ved á Judas, — porque siempre hay que volver á ese miserable, cuando se trata de una comunión indigna, — apenas abrió su sacrilega boca para recibir la partícula sagrada, que Jesús le presentaba, y Satanás se apodera ya de su corazón... «Anda, Judas, le dice su buen Maestro, y haz lo más pronto posible lo que meditas...» El traidor sale, corre, vuela á consumir su traición, y á recibir el importe que se le ha prometido. Se endurece en el crimen; avanza con los soldados, da á su divino Maestro el beso que sabeis... Nada pudo conmover á aquel miserable, ni siquiera las dulces palabras de Jesús: «Amigo mio, ¿porqué has venido aquí?...; Cómo, Judas! ¿con un beso haces traición al Hijo del hombre?...» Échate pues á los pies de tu divino Maestro, desgraciado Apóstol; confiesa tu crimen y llora desde hoy y por toda tu vida, cual á no tardar llorará san Pedro una negativa menos culpable... Pero, nó: Satanás le tiene cojido entre sus garras: se aleja con los ojos enjutos, haciendo sonar tal vez en sus bolsillos el importe de su traición... Mañana Satanás le inspirará un arrepentimiento estéril, y unos remordimientos que la desesperación hará más criminales todavía que su traición... Después, á la hora en que Jesús morirá en el Calvario para la salvación de todos, podreis ver, en el extremo opuesto de Jerusalem, el repugnante cuerpo de un ahorcado balanceándose en el espacio, y á Satanás llevándose al infierno aquella alma de Apóstol, de que se apoderó después de una comunión indigna.

Si quisiésemos reflexionar bien, hermanos míos, en toda mala comunión existe una imitación del crimen de Judas... Allí está Jesús, el buen Jesús, vendido con un beso en el santuario de su amor... Allí está Jesús, el buen Jesús, diciendo únicamente, al miserable que le ultraja, estas palabras: «Amigo mio ¿porqué vienes aquí?...; Cómo! ¿te arrodillas ante esta mesa santa para darme el beso del traidor?...» Y Satanás vuelve á llevar, como á Judas, á su sitio al comulgante indigno

¿Qué pasa pues en aquel corazón?... ¡Misterio!... Pero al fin, está consumada la iniquidad, queda realizado el crimen, y el comulgante indigno podrá decirle á Júdas: «Ven, hermano mio, á que te abraze; desde hoy estamos unidos...» A veces, hermanos míos muy amados, se ha visto también á miserables que han imitado á Judas hasta en sus estériles remordimientos y en su infernal desesperación...

Pero si no siempre acompaña como un efecto positivo á la comunión indigna esta desesperación brutal que conduce al suicidio, ved ahí á lo menos otros resultados que la acompañan casi infaliblemente... Disminución de la fé, disgusto de las cosas espirituales, pérdida de la protección de la Virgen Santísima...

Más de una vez, hermanos míos, me he preguntado cómo y porqué una jóven, que hasta una edad tal venía comulgando, dejaba de llenar algún tiempo después este deber; cómo ciertas personas, piadosas en apariencia cuando solteras, se volvían indiferentes y casi impías, cuando eran casadas y madres de familia; cómo y porqué otras, sin motivo aparente, dejaban bruscamente de cumplir con el precepto pascual y hasta de frecuentar la iglesia... — Pues bien, os lo digo francamente, la experiencia me ha enseñado que, más de una vez, este cambio de conducta tenía por origen una comunión indigna, ó cuando menos hecha con tibieza é indiferencia... Eso es cierto... Sí, sí, es cierto: á vosotros os toca meditarlo... Como castigo, Dios se retira, la fé se debilita, apenas se conserva algún ligero rastro de ella... Si entre vosotros, carísimos hermanos, hay quienes, habiendo sido en un principio piadosos y buenos cristianos, han caído después en este deplorable estado de indiferencia, reflexionen sobre la manera como hicieron su última Comunión...

Esta disminución de la fé, esta profanación del cuerpo de Jesús en la Eucaristía, llevan al alma el disgusto por las cosas espirituales... Ya no se dicen las oraciones de la mañana ni de la noche; si un resto de costumbre hace que aún de tarde en tarde se reciten, es sin atención y sin fervor... ¡Y la santa Misa! Se asistirá tal vez aún á ella alguna vez; pero ¡cuán largos se encuentran los divinos oficios! ¡y con qué mala gana se escuchan las palabras del predicador!.. y sobre todo palabras como las que yo os dirijo en este momento... Todo lo que á la piedad

se refiere no hace mella alguna en esas almas que una comunión sacrilega ha petrificado...

PERORACIÓN. — Pero á ciertas personas que llevan este cáncer en su corazón las oigo decirme... ¿qué? Vamos á ver, mis buenos hermanos, os escucho... — Yo á lo menos, rezo á la Santísima Virgen, y sabe V. muy bien que ella jamás niega su protección á los que la invocan y la rezan... — Líbreme Dios, amigos míos, de disuadiros de que os encomendeis á esta Madre de misericordia, ni de deciros que no se la tiene que rezar con instancia cada día, á fin de que os alcance la gracia de que podáis reparar el ultraje que inferisteis á su Hijo recibéndole con malas disposiciones... Sin embargo, no os ilusioneis: ella rogó por san Pedro, mas no intercedió por Judas... ¡El sacrilegio es uno de los crímenes que más repugnan á su corazón!

Oíd antes lo que refiere santa Brígida en sus revelaciones: «Satanás, dice, reclamaba el alma de un moribundo: la bienaventurada Virgen, hácia quien éste se había mostrado adicto, intercedía vivamente en su favor para con su Hijo... ¿Creéis tal vez, prosigue la santa, que aquella á quien llaman Refugio y Asilo de los pecadores obtuvo la gracia de aquel moribundo?... Os equivocais. Jesucristo respondió á la Santísima Virgen: «Dulce Madre mía, vos lo sabeis todo: aun cuando esta alma haya sido fiel en rezaros, ya sabeis con cuán tristes disposiciones recibía mi cuerpo en la sagrada Eucaristía. ¡Ya sabeis entre qué asquerosidades he tenido que descender! Nó, nó, no hay perdón para ella...» Y la dulce María se inclinaba ante la voluntad de su Hijo (1).»

Carísimos hermanos, dispongámonos á comulgar, á lo menos una vez al año, ya que Jesucristo á ello nos invita y nos lo ordena la Iglesia santa; dispongámonos á recibir este sacramento; pero hagamos todos nuestros esfuerzos para recibirlo con santas disposiciones... Así sea.

(1). Santa Brígida, *Revelaciones*, libro II, c. II. — Apud Lohner, verb. *Communio*.